

color del agua, de lo que resulta un disimulo terrible de la aproximacion de las rompientes y de los bajíos.

El navegante se encuentra junto á un escollo sin que nada se lo advierta. Con frecuencia las nieblas no dejan al buque que navega mas recurso que ponerse al paio ó echar anclas. Hay tantos naufragios de niebla como de viento.

No obstante, despues de una borrasca muy violenta que sucedió á uno de esos dias de niebla, la goleta correo *Cashmere* arribó de Inglaterra sin accidente alguno. Entró en Saint-Pierre Port al primer rayo del sol que salió del mar, en el momento mismo que el castillo Cornet tiraba su cañonazo de leva. El cielo se habia despejado.

La goleta *Cashmere* era aguardada con impaciencia, porque en ella debia venir el nuevo rector de Saint-Sampson.

Poco despues de la llegada de la goleta, circuló por la poblacion la voz de que por la noche en el mar habia atracado á ella una chalupa que contenia una tripulacion náufraga.

VII.

FORTUNA FUE PARA EL DISTRAIDO QUE LE VIERA
UN PESCADOR.

Aquella noche Gilliatt, apenas hubo caido el viento, se fué á pescar, si bien alejándose poco la panza de la costa.

A las dos de la tarde, al bajar la marea, hacia un sol hermoso, y Gilliatt, ya de regreso, pasando por delante del Corne de la Bete, creyó ver en la proyeccion de la silla *Gild-Holm-Ur* una sombra que no era la de la roca.

Dejó arribar á la panza por aquel lado, y vió que un hombre estaba sentado en la silla *Gild-Holm-Ur*.

La marea habia subido ya mucho, la roca estaba baticida por el oleaje, y el regreso no era ya posible. Gilliatt

hizo al hombre mil señas, y el hombre permaneció inmóvil.

Gilliatt se acercó. El hombre estaba dormido.

Era un hombre vestido de negro.—Parece un cura, dijo para sí Gilliatt. Se acercó mas aun, y vió un rostro de adolescente.

Este rostro le era desconocido.

Felizmente la roca estaba cortada á pico, habia allí mucho fondo, Gilliatt atracó, y se puso de costado al muro. El oleaje levantaba el barco lo suficiente para que Gilliatt poniéndose de pie en la orla de la panza pudiese alcanzar los pies del hombre.

Se encaramó por encima del bordaje, y levantó las manos.—Si en aquel momento hubiese caido, difícilmente hubiera reaparecido en la superficie del agua. El agua se estrellaba contra la roca, y entre ésta y la panza era el aplastamiento inevitable.

Tiró de un pie al hombre dormido.

—¡Eh! ¿qué haceis aquí?

El hombre se despertó.

—Miro, dijo.

Y restregándose los ojos, añadió:

—Acabo de llegar á este pais; he venido por aquí paseando; he pasado la noche en el mar; la perspectiva me ha parecido bella; estaba fatigado, y me he quedado dormido.

—Diez minutos mas de sueño, y moríais ahogado, dijo Gilliatt.

—¡Bah!

—Saltad á mi barca.

Gilliatt mantuvo con el pie atracada la barca, con una mano se agarró de la roca y tendió la otra al hombre vestido de negro, que saltó con ligereza á bordo. Era un jóven de muy buena presencia.

Gilliatt cogió el remo, y en dos minutos la panza llegó al ancon del Bu de la Calle.

El jóven desconocido llevaba un sombrero redondo y una corbata blanca. Su largo redingote negro estaba abrochado hasta la corbata. Tenia el pelo rubio formando cerquillo, el semblante mujeril, los ojos puros, el continente grave.

La panza habia llegado á tierra. Gilliatt pasó el cable por la argolla de amarra, se volvió luego, y vió la mano muy blanca del jóven que le presentaba un soberano de oro.

Gilliatt separó suavemente aquella mano.

—Me habeis salvado la vida.

—Tal vez, respondió Gilliatt.

La amarra estaba atada. Salieron de la barca.

El jóven desconocido repuso:

—Os debo la vida, señor.

—¿Y eso qué?

Esta respuesta de Gilliatt fue tambien seguida de una pausa.

—¿Sois de esta parroquia? preguntó el jóven desconocido.

—No, respondió Gilliatt.

—¿De qué parroquia sois, pues?

Gilliatt levantó la mano derecha, indicó el cielo, y dijo:

—De aquella.

El jóven desconocido le saludó y se fué.

Dió unos cuantos pasos y se detuvo, se metió la mano en el bolsillo, sacó de él un libro, y volviéndose á Gilliatt, se lo entregó.

—Permitidme ofreceros este recuerdo.

Gilliatt tomó el libro.

Era una Biblia.

Un instante despues, Gilliatt, puesto de bruces en su parapeto, miraba cómo el jóven desconocido corria por el ángulo de la senda que va á Saint-Sampson.

Bajó gradualmente la cabeza, olvidó al reciénvenido, no supo ya si la silla de Gild-Holm-Ur existia, y todo desapareció para él en la inmersión sin fondo del delirio. Gilliatt tenia un abismo, Deruchette.

Una voz que le llamaba le puso sobre sí.

—¡Hola, Gilliatt!

Reconoció la voz y levantó los ojos.

—¿Qué hay de nuevo, sieur Landoys?

Era en efecto sieur Landoys que pasaba por la carretera á cien pasos del Bu de la Calle en su faeton, tirado por una jaquita. Se habia detenido para llamar á Gilliatt, pero parecia estar azorado y tenia mucha prisa.

—Hay novedades, Gilliatt.

—¿Dónde?

—En los Bravées.

—¿Qué novedades son esas?

—Estoy demasiado lejos para contároslo todo.

Gilliatt se estremeció.

—¿Se casa miss Deruchette?

—No.

—¿Qué pasa pues?

—Id á los Bravées, y lo sabreis.

Y sieur Landoys dió un latigazo á su jaca.